

VACCEA 2010

ANUARIO



Universidad de Valladolid Facultad de Filosofía y Letras
Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg"

Núm. 4, julio 2011

www.pintiavaccea.es

1 €

UN NUEVO BÁCULO EN PINTIA

PIEZA VACCEA DEL AÑO

FERNANDO QUESADA SANZ

FIRMA INVITADA

PINTIA - CAMPAÑA XXI

EXCAVACIONES EN LA NECRÓPOLIS DE LAS RUEDAS
Y EN EL SISTEMA DEFENSIVO DE LA CIUDAD

PREMIOS VACCEA

EDICIÓN 2010

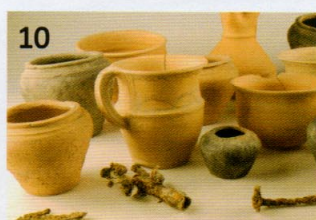
RAUDA (ROA DE DUERO)

CIUDADES VACCEAS

LOS CARPETANOS

NUESTROS ANCESTROS

- 01 **Excavaciones en Pintia.** Campaña XXI de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel)
- 02 **Nuestros ancestros.** Carpetanos
- 03 **Ciudades vacceas.** *Rauda*
- 04 **Firma invitada.** Fernando Quesada Sanz
- 05 **Premios Vaccea 2010**
- 06 **Diez años (2001-2010) del Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid**
- 07 **Premios recibidos.** Premio Diálogo
- 08 **A debate.** Plataforma Ciudadana pro-Pintia
- 09 **Pintia proyecto docente**
- 10 **Pieza del año.** Báculo de *Pintia*
- 11 **La otra mirada.** Ángel Rodríguez y Luis Pascual
- 12 **Noticiero Vacceo**
- 13 **Humor Sansón**



PROYECTO PINTIA

Equipo de investigación 2010

Directores:

Carlos Sanz Mínguez, Profesor Titular de Prehistoria, Universidad de Valladolid
Fernando Romero Carnicero, Catedrático de Prehistoria, Universidad de Valladolid

Codirectores Excavación Arqueológica:

Roberto De Pablo Martínez
Cristina Górriz Gañán

Coordinadora

María Luisa García Mínguez, Presidenta de la Asociación Cultural Pintia

Becarios adscritos al Proyecto Pintia:

Maeve Series
Daniel Morales
Álvaro Sanz García

Personal contratado

Bio Laguna Escudero
Francisca Maldonado Requena
Teodora Olteanu
Luis Pascual Repiso

Colaboradores:

Ignacio Represa Bermejo
Carlos Santamarina
Carlos Jimeno Velasco
Juan Manuel Carrascal Arranz
Elena Benito de la Torre

Alumnos participantes en la campaña de excavación XX:

Susan Bartholomew
Patricia Cabero García
Agustín Cascallana Riol
Nicholas Chaudakshetrin
Francesca Christie
Catherine Connolly
Fernando da Silva
Carol Dempsey
Molly Engelman
Amador García Rivas
Patricia González Hernández
Courtney Griffin
Conchi Hernández Mancha

Sara Hernangómez
Katherine Jablonski
Alexis Jordan
Felix Kaplan
Maria Kneafsey
Aja Lans
Pablo Ortiz Molina
Patricia Peraza
Daniel Priore
Elvira Rodríguez Gutiérrez
Daniel San José
M^a Luz Sanz Larriche
Rachel Savell

Samantha Savory
Victoria Schuppert
Shane Shelby
Teresa Silva
Jennifer Small
Frank Valcarcel
Annelies Van de Ven
Oliver Walch
Beryl Wallingford
Monica Witucki
Sara Woekener

EL OPPIDUM VACCEO DE MONTEALEGRE DE CAMPOS (VALLADOLID) A LA LUZ DE LAS RECIENTES EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS



Vista aérea de Montealegre, desde el sureste, con indicación del solar de La Casona (punto rojo).

Dentro del panorama poblacional vacceo, caracterizado por núcleos urbanos de dimensiones grandes, uno de los más destacados enclaves es el que se localiza en el Cerro del Castillo de la localidad vallisoletana de Montealegre de Campos, pues no sólo se extiende por el promontorio en el que se levanta la fortaleza medieval, sino también por las tierras de labor que le circundan y bajo el caserío de la actual población. Hasta 1984, año en el que se practica la primera excavación arqueológica, los datos que se tenían sobre este yacimiento eran escasos, de limitada relevancia y estaban referidos a hallazgos descontextualizados. Fue, sin embargo, el descubrimiento en la primavera de 1985 del interesantísimo documento epigráfico conocido como *tabula patronatus de Montealegre* el que atrajo las miradas hacia

Vista cenital del área de excavación.



él de arqueólogos, especialistas en filología clásica e historiadores de la Antigüedad hispana. Este importante hallazgo dio pie a la realización en agosto de ese mismo año de una campaña de excavación en el lugar en el que se descubrió (Puertollano) por parte de un equipo de la Universidad de Valladolid y en el que se documentaron una serie de estructuras romanas cubriendo un nivel de ocupación prerromano, vacceo.

Tras esta intervención puntual cuyo principal objetivo era dotar de contexto arqueológico la referida *tabula*, fueron las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en 1989 por B. Saquero y J. M. Serrano, y sobre todo las realizadas por R. Heredero entre 1989 y 1991 en diferentes puntos del yacimiento, las que hicieron posible un conocimiento de cierto detalle sobre las diferentes fases prerromanas por las que había pasado el enclave, las singularidades que presentan las secuencias estratigráficas en las zonas en las que se intervino, las características arquitectónicas de algunas de sus edificaciones, las peculiaridades de sus materiales muebles, etc. Así, y en primer lugar, pudo demostrarse que como poblado estable, y al igual que otras muchas ciudades vacceas como El Soto de Medinilla, Cauca, Cuéllar, Rauda o Simancas, por citar sólo unos ejemplos, nace en plena Primera Edad del Hierro. Los restos de la aldea fundacional, deficientemente conservados por causa de la erosión del cerro y por las posteriores remodelaciones urbanas, indican que pudo tratarse de una población ya de cierta entidad, pues la exhumación de un grueso muro de adobes —de unos 6 m de anchura en la base— y una probable empalizada exterior han sido interpretados como posible muralla urbana de características parecidas a la documentada en la fase Ib del poblado de Soto de Medinilla.

En segundo lugar, se pudo observar que durante la etapa vaccea existió una dualidad en cuanto a la arquitectura doméstica, pues mientras en la zona de El Castillo/La Quemada destacaban las viviendas de planta circular y ovalada —a veces con banco corrido adosado a la pared interna—, en la de La Aguilera eran las de planta rectangular las más corrientes. En ambos casos parecía evidente que se trataba de estructuras muy próximas en el tiempo, pues las cronologías que para ellas se estimaron están centradas en los siglos IV y III a.C. A pesar de la novedosa documentación que aportaron estas excavaciones, un aspecto en el que aún resulta difícil concretar es el de la extensión máxima que hubo de alcanzar este enclave en plena época vaccea, pues aunque el conjunto arqueológico se aproxima a las 60 ha, el poblado en sí parece obvio que hubo de ser algo más pequeño, habiéndose propuesto por parte de algunos investigadores cifras en torno a las 49/50 ha. Al ser una ciudad romanizada que siguió estando ocupada en época medieval y ha pervivido hasta hoy, gran parte de las estructuras indígenas se encuentran muy alteradas, cuando no arrasadas, como hemos tenido ocasión de comprobar en las últimas intervenciones que se han realizado, que son las que centrarán el presente trabajo.

Las nuevas intervenciones arqueológicas

La realización en 2008-2010 de sondeos y excavaciones arqueológicas en dos solares del casco urbano de Montealegre (San Nicolás y La Casona, respectivamente) ha propiciado la exhumación de diversas estructuras constructivas pertenecientes a cuatro horizontes crono-culturales bien distintos: uno inicial, vacceo, que apoya directamente sobre el terreno natural y se caracteriza por las construcciones realizadas básica-

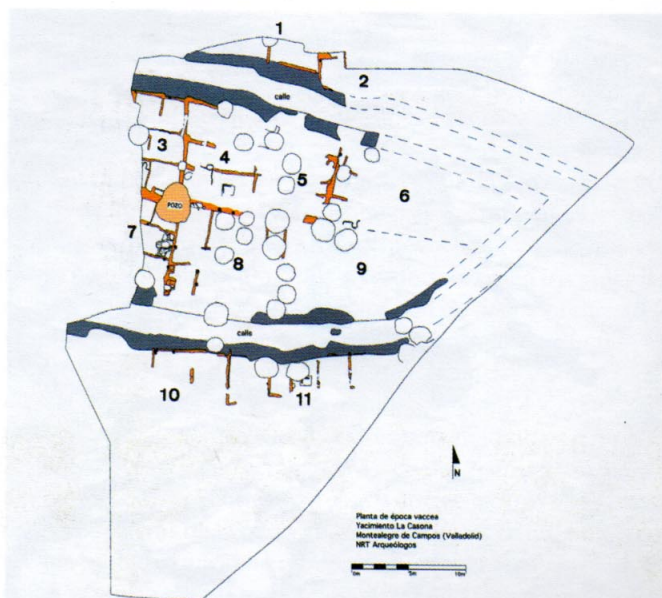
mente con barro y madera; sobre él, otro romano, caracterizado por la realización de sus viviendas con abundante piedra en cimientos y zócalos, así como cubiertas de teja; el perteneciente a época bajomedieval, al cual se adscriben los numerosos hoyos/basurero que han destruido parcialmente las estructuras de las dos fases anteriores; y finalmente, el de época moderna. A pesar del daño que han provocado los referidos hoyos en las construcciones vacceas y romanas, eso no nos ha impedido observar interesantes detalles de la trama urbana y de la arquitectura doméstica de ambos momentos en la zona intervenida, si bien en estas páginas, y a modo de avance provisional de resultados, nos vamos a referir con exclusividad, lógicamente, a la fase vaccea.

Las excavaciones efectuadas entre 1984 y 1991, a las que más arriba nos hemos referido, tuvieron lugar en puntos distantes unos de otros como son La Quemada, La Aguilera o Puertollano. El interés que poseen las ahora realizadas es doble, pues, por una parte, se sitúan en el centro del casco urbano, en una zona del yacimiento hasta el momento muy poco conocida arqueológicamente; y por otra, se puede decir que han suministrado información muy valiosa sobre la "arqueología interior" de un importante enclave vacceo, aspecto éste que en el panorama general urbano del mundo vacceo no destaca precisamente por la abundancia de datos. No obstante esto, es necesario puntualizar que mientras de los sondeos llevados a cabo en San Nicolás se han obtenido unos resultados de alcance limitado, al menos en lo que a la Edad del Hierro se refiere, la excavación en extensión —con una superficie total excavada de aproximadamente 1.100 m²— realizada en La Casona ha sido la que verdaderamente ha reportado excelente información.

Retazos de un urbanismo planificado

En La Casona las construcciones domésticas vacceas, dispuestas a ambos lados de dos calles que por sus características seguramente fueron de las más importantes de la población, pertenecen a la última fase del asentamiento indígena. La tonalidad anaranjada que presentan los restos de los muros de barro y las amplias superficies quemadas y cenicientas indican que el fuego fue la causa de la destrucción de, al menos, esta zona de la ciudad. Nada tiene de particular, por otro lado, este panorama cromático directamente relacionado con procesos destructivos provocados por el fuego, pues es idéntico al que habitualmente se observan en casi todas las poblaciones vacceas (*Pintia, Cauca, Rauda*, etc.), además, en sus diferentes fases, y que se explican fácilmente por la enorme vulnerabilidad de unas viviendas que eran de una sola planta, estuvieron construidas con abundantes postes de madera —tanto exentos como embutidos en los muros de barro—, techumbres también de madera cubiertas por un espeso manto de paja y ramajes, y con los hogares y hornos ubicados en el interior. Era la combinación perfecta para que el incendio originado en una casa rápidamente se extendiera a las vecinas.

Si tuviéramos que destacar la aportación más sobresaliente de las recientes excavaciones al conocimiento del Montealegre vacceo esa sería, sin duda, la planificación racional que se ha hecho del espacio urbano. En el terreno en el que se ha intervenido se han exhumado, como decimos, los restos de dos calles que, con una suave curvatura, discurren casi paralelas en dirección O/NO-E/SE. Esto es, prácticamente la misma que posee el eje longitudinal de la lengua de páramo que cons-



Plano de las estructuras vacceas con numeración de las casas y localización de los hoyos medievales causantes de la destrucción parcial de aquéllas.

tituye el Cerro del Castillo, una característica que también se observa en la disposición de los edificios romanos que están sellando las casas vacceas y muy parecida a la que tienen las vías principales de la población actual. Todo esto significa que, con ligeras modificaciones, lógicamente, se aprecia en Montealegre una cierta continuidad de la ordenación urbana desde tiempos prerromanos hasta la Edad Moderna. Los tramos de las referidas calles vacceas a partir de un punto muestran una tendencia a converger hacia el este-sureste. Seguramente confluyeron en algún espacio abierto o iban a parar a alguna de las salidas de la población por el este. El Montealegre vacceo no sabemos si tuvo murallas o no, pero si tenemos en cuenta que la confluencia de esas dos calles se produce en la zona en la cual la lengua de páramo enrasa con el resto de la llanura de los Montes Torozos, la más vulnerable por tanto desde el punto de vista de la defensa ciudadana, sí que deberíamos contemplar la posibilidad de que pudieran haber desembocado a las puertas de algún dispositivo de protección urbana, fuese muralla, empalizada, etc., si bien habría que pensar que no abrazara todo el yacimiento, las 49/50 ha que para él se estiman, sino sólo la llanura amesetada del cerro. Esto no es más que una mera suposición derivada de los paralelismos existentes con esquemas urbanos conocidos de la Edad del Hierro, pues arqueológicamente, y salvo los restos excavados hace años en La Quemada e interpretados como posible muralla del núcleo del Hierro I, no está documentada la existencia de muralla en el Montealegre vacceo. A no ser, claro, que lo identifiquemos como la *Intercatia* de los textos clásicos, tal como a lo largo del tiempo han propuesto algunos investigadores (Sacristán de Lama, Almagro-Gorbea, San Miguel, Solana Sáinz, etc.), en cuyo caso sí que existe una mención expresa a su existencia. Un caso parecido al de *Cauca*, cuya muralla cita Apiano en el texto que relata el asedio, posterior asalto y destrucción llevado a cabo por Lúculo en el año 151 a. C., pero de la que la arqueología aún no ha dado cuenta.

Las dos calles documentadas —un tramo de 23 m la del norte y de 38 m la del sur— se curvan muy suavemente una hacia la otra, hacia su convergencia en una zona situada en el mismo límite del espacio excavado pero en la cual los muros y pavimentos romanos adquirirían cierta entidad y por ello se



La calle norte vista desde el oeste.

decidió no dismantelarlos, con lo que no hemos podido ver cómo se produce dicha confluencia. Dentro de las irregularidades que muestran a lo largo de su trazado, pues en algún punto hacen un pequeño quiebro, quizá por tener que adaptarse a alguna casa preexistente, la anchura de ambas calles es similar, oscilando entre los 3 y los 5 m, incluidas las aceras. Y es que se trata de calles muy evolucionadas, pues contaban con acera a ambos lados de la calzada, e incluso *crepidines* (piedras pasaderas de una acera a otra), de los que se ha conservado un magnífico ejemplo en el extremo este de la calle sur; todo ello indicativo, sin duda, de que estamos ante unas calles de cierta modernidad dentro del periodo vacceo, y en consonancia con lo que podemos ver, por ejemplo, en Numancia. Es decir, el exhumado no es el urbanismo de inicios del Montealegre vacceo, del comienzo de la Segunda Edad del Hierro, sino más bien el de momentos avanzados, circunstancia que corroboran los materiales muebles recuperados, especialmente las cerámicas, que en su mayoría son de los siglos II y I a.C., como luego tendremos ocasión de comentar. En las fases iniciales las calles debieron de ser simplemente de tierra y en las de plenitud, como evidenciaron las excavaciones de R. Heredero, ya contaban con empedrados parciales instalados en seco, y el añadido de fragmentos de recipientes cerámicos amortizados y de huesos de fauna contribuirían para dar mayor solidez al pavimento.

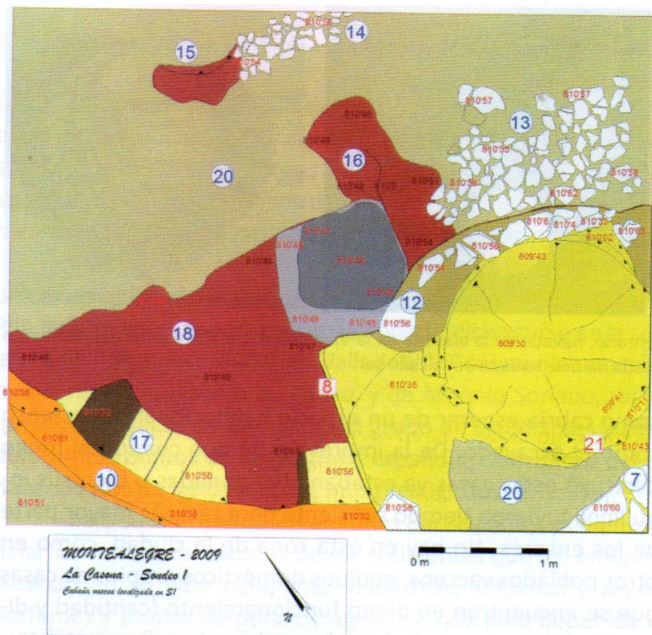
Volviendo a las aceras, están construidas con fragmentos grandes de piedra irregular encajados unos con otros y con sus caras más planas hacia arriba, lógicamente, para hacer más

cómodo el deambular de los viandantes. Son piedras en general de tamaño mayor que las utilizadas para la calzada. No mantienen, por otro lado, un ancho regular a lo largo de la calle, pues éste oscila entre 0,50 y 1,50 m. Respecto de la calzada, levantan entre 0,10 y 0,15 m, una altura suficiente como para que las aguas de lluvia discurrieran por aquélla. La calzada también se encuentra enlosada con el mismo tipo de piedra y no mantiene la misma anchura de unos tramos a otros, ya que oscila entre 1,40 y 2,0 m, aunque la mayor parte de los tramos se mantienen entre 1,50 y 1,60 m, lo que indica cierta regularidad, y un detalle que no nos ha pasado desapercibido es que no hay huellas de rodadas. Ni siquiera en la zona del *crepido* conservado, como cabría esperar. Otro hecho que nos ha sorprendido es que en los momentos finales de uso de estas calles el empedrado de la calzada ya no era visible para sus usuarios, sino que estuvo cubierto por una capa de arcilla prensada muy bien nivelada.

No es esta la primera vez que en una ciudad vaccea se documenta la existencia de calles empedradas con aceras. En excavaciones practicadas hace años en la Era Alta de Melgar de Abajo o en el Soto de Medinilla vacceo, así como en las realizadas en Vertavillo en 1999, se pudieron constatar restos parciales de las mismas que, dicho sea de paso, son herederas de las existentes en época anterior, pues recuérdese cómo en el poblado de cabañas de la Primera Edad del Hierro de Melgar de Fernamental, recientemente excavado, ya hay un tramo de calle empedrada. La novedad de Montealegre es que se han sacado a la luz más de sesenta metros relativamente bien conservados y distribuidos en dos vías públicas, lo que nos hace suponer que seguramente algunas más serían de las mismas o parecidas características. Por otro lado, un urbanismo y una disposición de las unidades domésticas tan evolucionados, tan racionales, invita a pensar en la existencia de una especie de "ordenanzas urbanísticas" también muy desarrolladas, aunque no escritas porque la vaccea es una cultura que empieza a hacer uso de la escritura en el siglo I a.C., además de una manera bastante tímida, sino fundamentada y transmitida por vía oral. Serían esas élites que ostentan el poder en los *oppida* vacceos, a veces citadas por los autores clásicos (régulo, senado, aristocracia guerrera), las encargadas de que se cumplieran las normas consuetudinarias en materia urbanística.

Las viviendas

Hasta no hace mucho, quienes nos dedicamos al estudio de los vacceos con frecuencia nos lamentábamos de que a pesar de la intensidad con la que se trabajó en los años ochenta y noventa del pasado siglo en muchas de sus ciudades, aún no habíamos conseguido aislar la planta completa de una sola vivienda de estructura compleja. Sí teníamos plantas completas de construcciones circulares coetáneas de aquéllas, pero lo que faltaban eran viviendas cuadrangulares de varias estancias aisladas en todo su perímetro. En las excavaciones realizadas en *Pintia* (Las Quintanas), por ejemplo, se exhumaron restos pertenecientes a unas doce casas organizadas en manzanas delimitadas por callejones, pero de ninguna de ellas se podía decir que estuviera completa. Tampoco las llevadas a cabo en *Rauda*, *Cauca*, El Soto de Medinilla, Simancas o el mismo Montealegre, a pesar de tratarse en ocasiones de excavaciones extensivas, permitieron lograr este objetivo. Pues bien, la situación ha mejorado en poco tiempo y ahora ya sí podemos decir que disponemos de algunas: en *Rauda*, por



Vivienda de planta circular con hogar central, suelo empedrado y banco adosado a la pared (Sondeo 1).

ejemplo, ha podido ser excavada una vivienda completa, incluso con sótano, y en Montealegre ahora ya tenemos los restos de varias viviendas casi completas.

En la manzana delimitada por las dos calles referidas se han exhumado muros pertenecientes a seis viviendas: tres de ellas prácticamente completas en su perímetro (4, 5 y 8), otras dos en las que a pesar de que parte de las estructuras se han perdido, resultan fáciles de completar considerando el módulo constructivo empleado (3 y 7) y una más de la que sólo se han podido exhumar un par de tabiques (6). En total en este espacio, y si hacemos confluir con una línea imaginaria ambas calles en esquina o en chaflán, debieron de existir siete casas, a no ser que la 4 y la 5 fueran una sola de unos 94 m², lo que no es nada habitual, pero recordemos cómo la *Casa del Sótano de Rauda* tiene 82 m². Ya al otro lado de las calles únicamente se conservan muros pertenecientes a cuatro casas. Son viviendas que tienen entre a 45 y 50 m² las más pequeñas, alguna pudo alcanzar los 70 m² (8), y además muy homogéneas desde el punto de vista constructivo y en cuanto a la estructuración del espacio. En síntesis, presentan las siguientes carac-

Vivienda 3. Restos de una alacena o santuario doméstico con vasija y urna cineraria (dcha.).

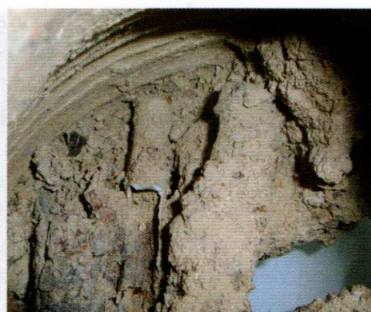


terísticas: la pared de la fachada suele apoyar sobre la acera, lo que significa que la calle se construyó primero e inmediatamente después las casas; las paredes medianiles son, lógicamente, más gruesas que las interiores; todas ellas poseen muy poca cimentación y cuentan con postes y vigas de madera embutidos, estas últimas en horizontal sirviendo de base a los muros de adobe; a veces los postes son externos, aunque adosados a la pared; éstas estuvieron revocadas y pintadas de blanco; no son muros trazados a cordel, sino algo irregulares, al igual que sus anchuras; los suelos son de arcilla prensada y endurecida por la aplicación de fuegos controlados durante la construcción; tienen un mínimo de seis estancias y un máximo de nueve, las más grandes de las cuales, de unos 4 x 2,5 m, son rectangulares, mientras las menores son cuadradas, de 2,5 x 2,5 m, o ligeramente rectangulares, de 3 x 2,5 m; a veces hay diferencias de nivel entre unas casa y otras e incluso entre unas estancias y otras de la misma casa; las puertas es habitual que tengan marco y quicio de madera; en unos casos en el centro de la estancia mayor se dispone el hogar, a ras de suelo y delimitado por un reborde de arcilla —como el documentado en la casa 3 del sector C1 de *Pintia*—, pero en otras lo que encontramos es un área de hornos adosados a una de las paredes —como el registrado en una casa del sector A1 de *Pintia*—, en la que unos son de cámara única y otros de doble cámara, en cualquier caso de reducidas dimensiones; finalmente, en alguna estancia se han conservado los restos de un banco o poyo adosado a la pared e incluso de una especie de alacena con varias vasijas. Sobre esto último, se da la circunstancia de que una de estas vasijas es una urna cineraria con fragmentos de hueso lavados en su interior, dos canicas, un regatón, un trozo de empuñadura y otros fragmentos más igualmente de hierro, todo lo cual nos hace suponer que se trata de los restos de un guerrero y, por tanto, más que una alacena esta estructura quizá debiéramos interpretarla como una pequeña instalación dedicada al culto doméstico de los antepasados. Los análisis de residuos de los vasos que acompañaban la urna nos dirán qué materias contuvieron en el momento de la destrucción de la vivienda.

De dimensiones más pequeñas, y en peor estado de conservación, es la vivienda de planta circular que pudimos documentar en el sondeo 1 de este mismo solar. Construida sobre la roca madre, en una zona marginal del poblado, pues ya está en el borde del cerro, parte del suelo era de tierra prensada pero en las zonas norte y este se conservaban los restos

Estancias de la Vivienda 7.





De izquierda a derecha. Vasija con asa de cesta y apéndice de sujeción complementario, hallada en la alacena de la Vivienda 3. Detalle parcial del contenido de la urna cineraria. Caja excisa, hallada en la Vivienda 1 y canicas decoradas. Arracada de oro, hallada en la calle sur.

de un empedrado. En el centro se disponía un hogar de planta rectangular y adosado al lado sur tenía un banco corrido hecho de adobes trabados con barro. Los materiales obtenidos sobre el suelo, aun siendo escasos, indican que esta construcción pertenece también a la Segunda Edad del Hierro, si bien es de indudable tradición soteña. La coexistencia de estructuras arquitectónicas de planta circular y cuadrangular en asentamientos vacceos no es nada rara, pues se tiene constatada, además de en el mismo Montealegre desde las excavaciones de los años ochenta, en Zorita-Las Quintanas (Valoria la Buena), Cuestacastro (Mota del Marqués), la Era Alta (Melgar de Abajo) o Grimata (Torrelobatón), entre otros lugares.

Volviendo a las viviendas de planta cuadrangular, los restos de materiales muebles recuperados en cada una de las estancias no se puede decir que hayan sido abundantes, razón por la cual resulta difícil aproximarnos a la funcionalidad concreta que tuvo cada una de ellas, salvo aquellas en las que las instalaciones de obra (hornos y hogares) evidencian sin duda alguna la función que desempeñaron. No lo es tanto hacer una estimación cronológica referente al momento de destrucción de las mismas, pues aunque, tomados en conjunto, los restos cerámicos recuperados abarcan toda la Segunda Edad del Hierro, el tipo de cerámica vaccea más abundante corresponde a pleno siglo I a.C. La mayor parte de los escasos fragmentos de *dolia* recuperados, por ejemplo, tienen el borde vuelto hasta contactar con el hombro, una característica propia de tiempos tardíos, como tardíos son los cuencos de tipo bol de paredes muy delgadas, bases planas y decoraciones a base de finas líneas de pintura. Después de este episodio de destrucción por causa del fuego, no sabemos muy bien si relacionado con las Guerras Sertorianas, con las revueltas de mediados del siglo I a.C. en la zona o simplemente de carácter accidental, la reocupación de la zona debió de producirse con cierta rapidez, aunque ya hemos de hablar de un horizonte romano con fuerte peso aún de las tradiciones indígenas. La comparencia de sigillata gálica y algún fragmento de itálica es claro indicio de la situación acomodada que poseían quienes ahora habitaban en esta zona de la ciudad. Por otro lado, la presencia en el nivel de ocupación vacceo de fragmentos cerámicos de finales del mundo soteño y de los siglos IV y III a.C., sin que existan viviendas de esos siglos bajo las ahora documentadas, nos hace suponer que lo excavado podría ser una ampliación de la ciudad, una prolongación de calles y casas desde el núcleo antiguo hacia el sureste.

Los materiales arqueológicos

A pesar de estar en estos momentos en fase de estudio, nos parece interesante hacer algunos comentarios sobre ellos. En primer lugar, sorprende que no sean tan abundantes

como cabría esperar de un espacio habitacional tan extenso como el excavado. Da la impresión de que cuando el fuego destruyó estas casas ya estaban abandonadas o bien sus inquilinos tuvieron tiempo suficiente para sacar la mayor parte de los enseres. No hay en esta zona de la ciudad, como en otros poblados vacceos, equipos domésticos propios de casas que se encuentran en pleno funcionamiento (cantidad y diversidad de vasos cerámicos, fusayolas, utensilios metálicos, óseos y pétreos, etc.). Es muy significativa, por ejemplo, la escasez de grandes vasos de almacenaje, de tipo *dolium*, en el interior de las viviendas, habida cuenta que al menos una de sus estancias era utilizada como despensa o almacén de víveres. En relación con esto último, tampoco se han podido documentar, como en otras poblaciones vacceas, acumulaciones de trigo carbonizado y tan sólo una piedra de moler y fragmentos pertenecientes a otra.

A pesar de ello, sí que se han podido recuperar algunos materiales significativos. Por ejemplo, una cajita excisa casi completa en la que dos de sus patas son prolongación natural de la pared de la caja, como es habitual, pero las otras dos son semiexentas, lo que nos permite suponer que tuvo asita lateral. Al estar las paredes interiores muy quemadas, es posible que haya sido utilizada como "incensario" o "quemaperfumes", bien en un contexto ritualizado, de purificación, bien para mejorar la atmósfera doméstica sencillamente. Cajitas con indicios de combustión en su interior, aunque no son muy comunes, sí se tienen constatadas en *Cauca*, Cuéllar o *Rauda*, entre otras poblaciones vacceas.

Más interesante, aunque responde a un tipo común en el mundo vacceo, es una arracada de oro amorcillada con extremo distal en forma de globulito sólo insinuado y cuyo cuerpo es de hilos lisos y retorcidos, estos últimos semejando un sogueado. Se halló en la calle sur, por lo que bien pudiera ser una joya extraviada por algún viandante. De las canicas, siempre abundantes en cualquier yacimiento vacceo, sea poblado o necrópolis, en esta campaña se han recuperado unas pocas unidades, aunque casi todas barrocammente decoradas mediante líneas diametrales dobles y triples realizadas con técnica incisa o impresa y con estampillas en los espacios libres (tetrapétalas, hexapétalas, punta de espátula, etc.).

Juan Francisco Blanco García
Diego Lucendo Díaz
Manuel Retuerce Velasco
Tomás Torres González

Nuestro agradecimiento a J. D. Sacristán, cuyas sugerencias y apreciaciones realizadas durante las excavaciones han contribuido a mejorar el presente texto.